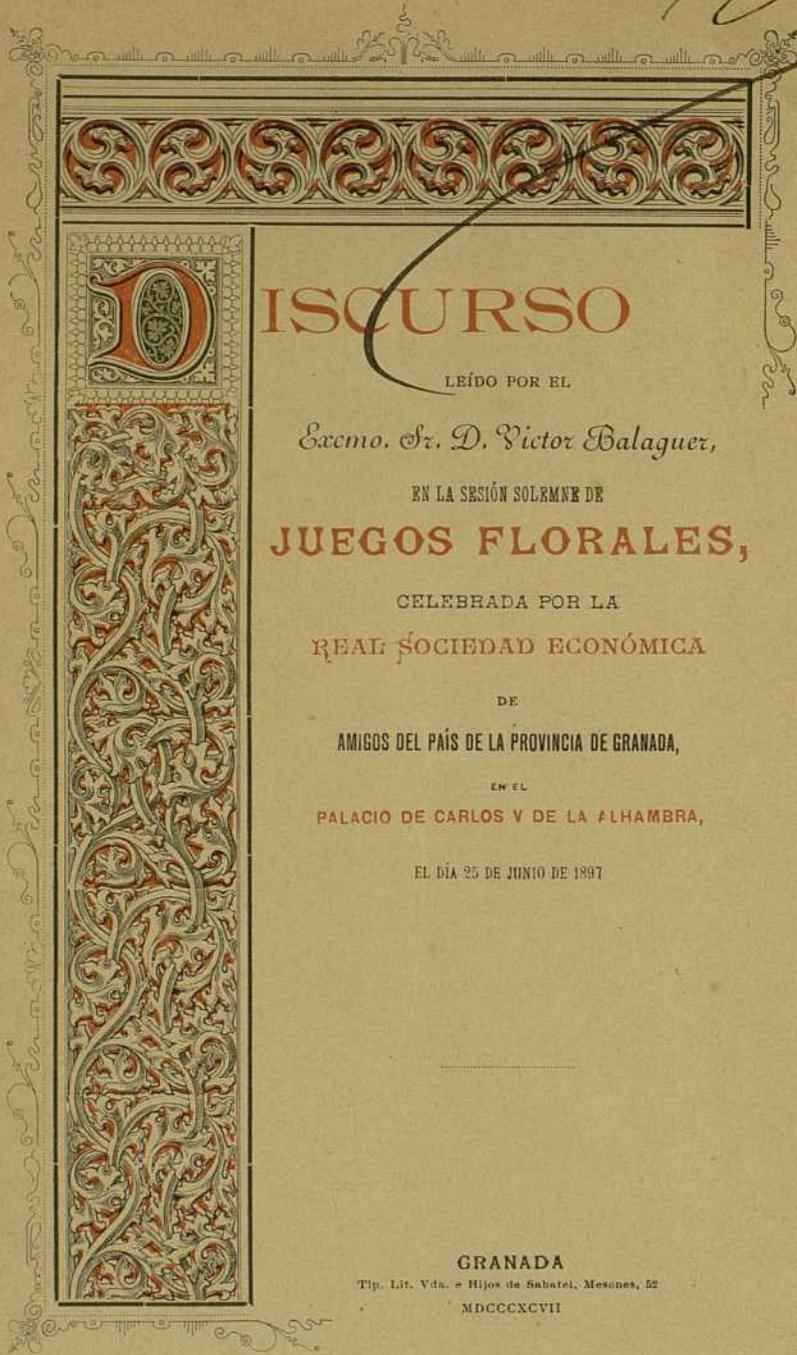


4-27-58

64-
45

27



DISCURSO

LEÍDO POR EL

Excmo. Sr. D. Victor Balaguer,

EN LA SESIÓN SOLEMNE DE

JUEGOS FLORALES,

CELEBRADA POR LA

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA

DE

AMIGOS DEL PAÍS DE LA PROVINCIA DE GRANADA,

EN EL

PALACIO DE CARLOS V DE LA ALHAMBRA,

EL DÍA 25 DE JUNIO DE 1897

GRANADA

Tip. Lit. Vda. e Hijos de Sabatel, Mesones, 52

MDCCCXCVII

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 002

Numero: 037(27)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

~~BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA~~
Sala: B
Estante: 2
Numero: 148 (10)

~~C
103
003 (15)~~

JUEGOS FLORALES DE GRANADA.
M DCCC XC VII



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Número:

037 (27)

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Estante: 3

Numero: 149 (10)

C
103
003 (15)

JUEGOS FLORALES DE GRANADA.

M DCCC XC VII



121960288

Bibliotheca Universitatis	
GRANADA	
Signat.	B
Exemplar	5
Classific.	
Numero	III (10)

121960288



Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer,
PRESIDENTE Y MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES.



R. 17.582

DISCURSO

LEÍDO POR EL

Excmo. Sr. D. Victor Balaguer,

EN LA SESIÓN SOLEMNE DE

JUEGOS FLORALES,

CELEBRADA POR LA

Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Provincia de Granada,

EN EL PALACIO DE CARLOS V DE LA ALHAMBRA,

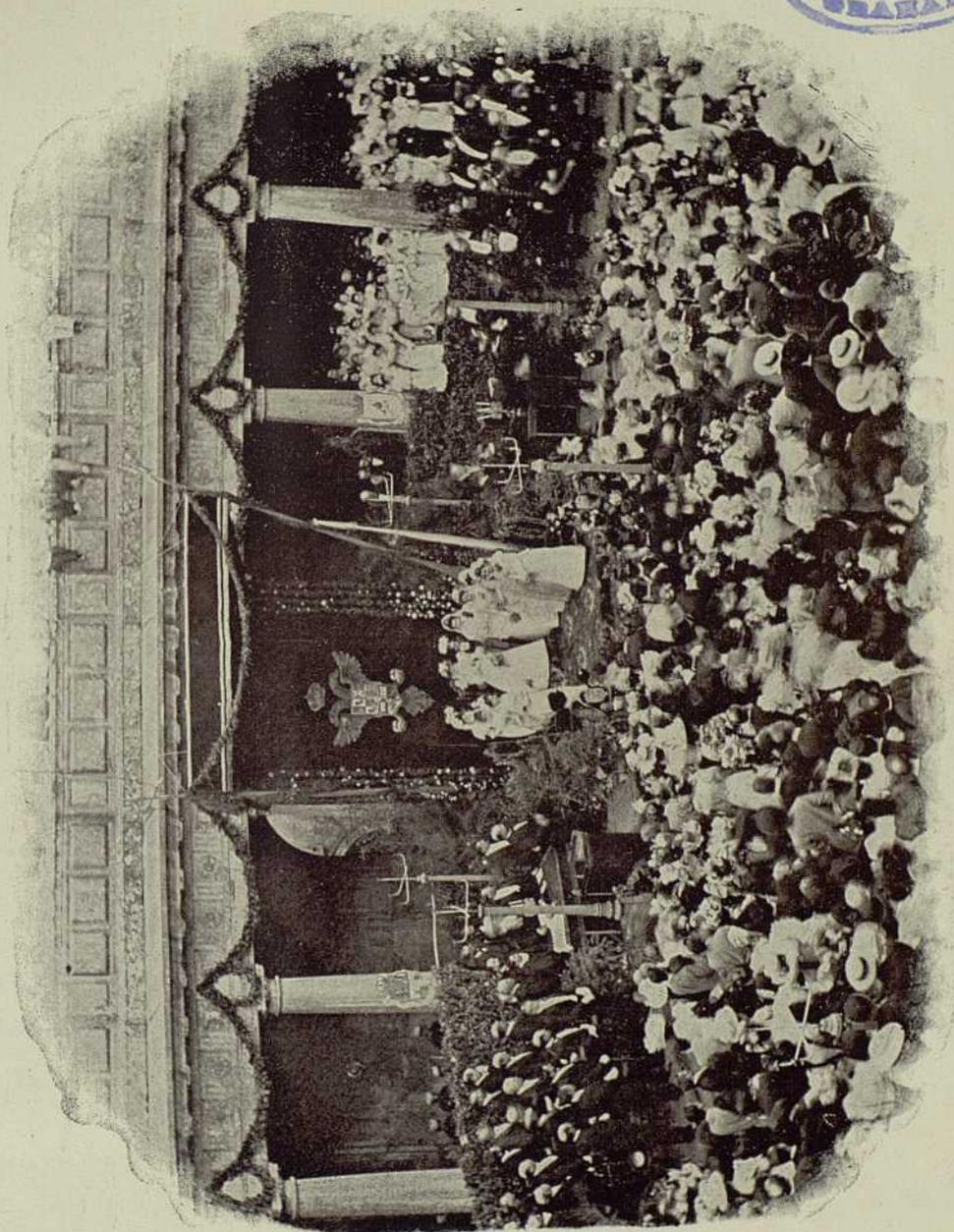
el día 25 de Junio de 1897.



GRANADA

Tip. Lit. Vda. é Hijos de Sabatell, Mesones, 52.
MDCCCXCVII

N^o 109-

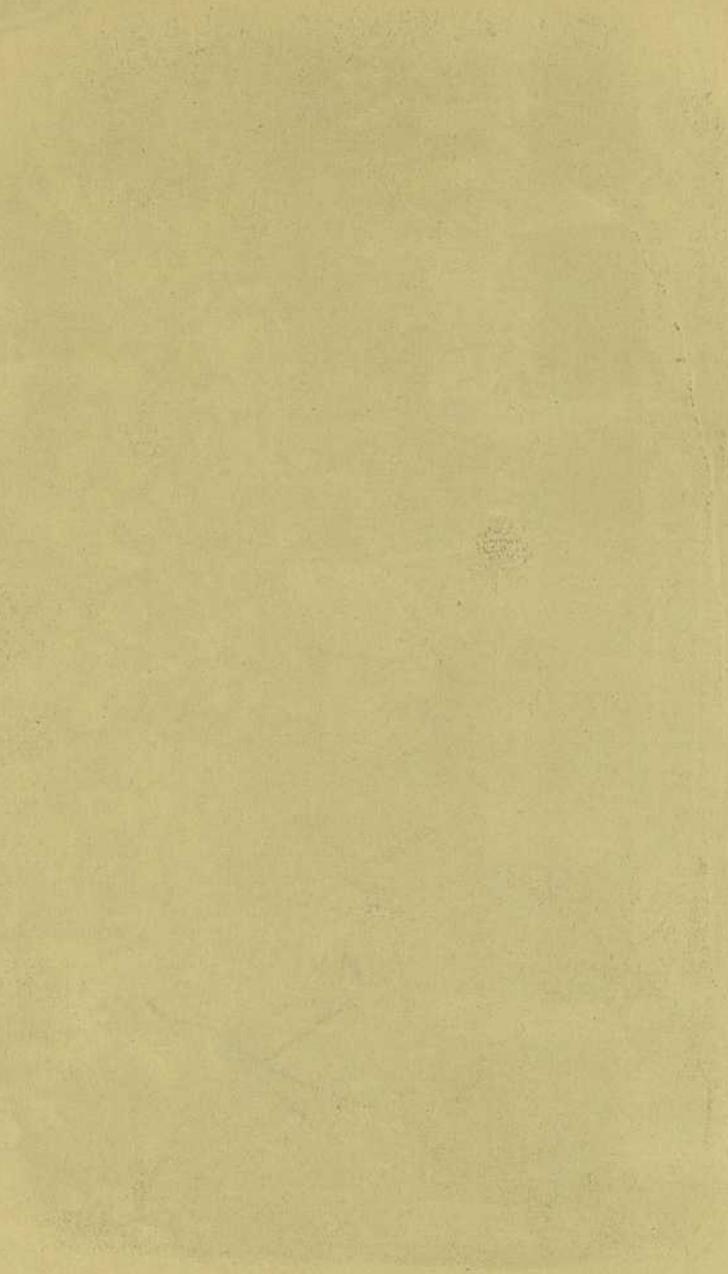


BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
GRANADA

Palacio de Carlos V antes de comenzar la sesión de los Juegos Florales.



Faint vertical text or markings on the left side of the page, possibly bleed-through from the reverse side.



Señora:

DE lejanas tierras viene hoy un poeta catalán y felibre provenzal, atraído por el señuelo de vuestros *Juegos florales*, como en otros tiempos lejanos también venían sus antecesores de Provenza y Cataluña á esta misma ciudad de Granada para abrir el corazón y levantar el espíritu con los goces y deportes de la poesía y de la ciencia.

Á saludos vengo en nombre de los amadores de la *ciencia gaya*, los que viven á orillas del caudaloso Ródano, entre los olivos seculares de la bella Provenza, los que habitan en las comarcas catalanas bajo las crestas históricas del Monserrat sagrado, y los que moran en los jardines de Valencia bañados por el resonante Turia.

Yo saludo en su nombre á la sin rival Granada, la que vive en esos esplendores de cielo y en esos esplendores de tierra, mansión de honor y prez, representada aquí, en este concurso y fiesta, por esas damas granadinas, gentiles y hermosas, hechizo de cuantos las ven, y por esas sus dignas Autoridades, el clero, la justicia, las ciencias, las artes y las letras, la escuela y el profesorado, el popular y la nobleza, la cátedra y la magistratura, la prensa y el foro, el púlpito y la tribuna, todo lo que Gra-

nada tiene de alto y de noble agrupado ahora, como lo estoy viendo, junto al Municipio ilustre, expresión, representación y emblema de la ciudad insigne.

Yo no sé, ni recuerdo, ni recordar quiero, lo que pude haber sido en este mundo durante mi larga y aborascada vida. Circunstancias accidentales, que no méritos efectivos, podrán quizás haberme permitido cruzar por ciertas alturas y esferas con títulos y honores inmerecidos; pero lo cierto es y positivo, que yo no soy más que un trovador vagabundo que acude á estas fiestas con el júbilo y la alegría en el alma, para departir en ellas de poesía, de literatura, de gentileza, de amores y de patria, dejando á un lado la política, que ha de ser desterrada de los *Juegos florales*, ya que este es un terreno neutral, donde se encuentran y reunen, para comulgar juntos, hombres de todas opiniones y clases, en sitios donde no hay partidos, ni categorías, ni alcurnias. Aquí todos somos iguales y hermanos, sin más autoridad que la popular, y aun ésta sometida por el momento, como todos nosotros, monárquicos y republicanos, absolutistas ó liberales, á la dama que ocupa ese trono, y á la que todos aceptamos y proclamamos reina de la hermosura, del amor y de la gentileza. Trono es este que se levanta hasta con el aplauso de los republicanos más inconvertibles.

Así, pues, predicando el primero con el ejemplo, aquí viene á esta fiesta un pobre viejo poeta, cuyo tema de discurso está reducido á tributar alabanzas á la Fe, loores á la mujer, himnos á su patria y homenajes á Granada: á Granada que vive y descansa tranquila bajo el amparo de su amante Virgen de las Angustias, su patrona soberana, como lo es la del Pilar en Aragón y la de Monserrat en Cataluña.

Yo no sé verdaderamente cómo agradecer, en qué medida ni en qué términos, á la Real Sociedad Económica de Amigos del

País de esta provincia, el alto honor que me ha dispensado honrándome con la presidencia de estos *Juegos florales*, que vienen á reanudar la tradición de otros aquí celebrados años hace, pues también tiene esta gloria Granada: la de haber sido en España, antes aun que Cataluña, la primera que instauró los *Juegos florales* en este siglo.

Agradezco, pues, en el alma á esa noble Sociedad presidida hoy por el Sr. Villa-Real, literato ilustre y profesor eximio, el recuerdo cariñoso de mi pobre nombre. En el señor Villa-Real saludo y abrazo á los escritores granadinos, como en él saludo también y abrazo á los autores y poetas premiados en este concurso. Y no escaseo mis plácemes á dicho señor, á quien de derecho corresponden, por su oportuno pensamiento de celebrar la restauración de estos certámenes clásicos, en este local histórico, junto á esa maravilla que se llama el Alhambra, en este lugar de tradición, donde viven las majestades del recuerdo, y el recuerdo de tanta gloria, y donde laten aun perdidos por entre estas columnas los ecos fonográficos que repiten los versos de nuestro insigne Zorrilla en la fiesta solemne que aquí celebró Granada en nombre de la Patria para coronar al gran poeta legendario de los tiempos modernos, orgullo, amor y prez de la España de nuestros días.

Por esto, lo primero que aquí se me ocurre es aplaudir á la Real Sociedad Económica, bajo cuyos auspicios y protección se celebra esta fiesta de los *Juegos florales*, saludar á las glorias y á las artes españolas, que aquí no pueden menos de ser evocadas, y pedirnos á todos un recuerdo á la memoria inolvidable de nuestro gran Zorrilla, aquí elevado, aquí enaltecido, aquí coronado entre los vítores y entusiasmos de nacionales y extranjeros.



Y vamos ya á los *Juegos florales*.

¡Ah, los *Juegos florales*! ¿Qué puedo yo decir de ellos que no haya dicho y repetido cien veces en los certámenes de esta clase á que asistí como mantenedor ó en que fuí honrado con el cargo de presidente, nunca debido á mis méritos, sino á mis años, á circunstancias especiales del momento, ó á la bondad generosa de amigos muy queridos?

Ya lo dije y lo repito; los *Juegos florales* son fiestas de luz y color, de poesía, de amor, de vida, de entusiasmo; son fiestas fraternales de cortesía y gentileza, que levantan el ánimo, que ensanchan los horizontes, que regocijan el alma.

Pero son también algo más, y no hay que olvidarlo: desconocenlos cuantos creen que en ellos solo hay una idea baladí de fiesta y de pasatiempo. ¡Ah, no! Los *Juegos florales* constituyen un acto en la literatura nacional; responden á una necesidad; expresan un deseo; inspiran un sentimiento: son una manifestación viva y latiente de las letras regionales; robustecen y templan el alma, y aun cuando sean eco del pasado, por lo que tienen de arcaico, son nuncio del porvenir por lo que tienen de práctico, y por lo que en ellos hay de virilidad, respondiendo á su lema de *patria, fides, amor*, lema afortunado que induce á cantar los goces purísimos del amor, la celsitud de la fe, y las altezas de la patria.

En los *Juegos florales*, expresión y forma de un regionalismo de patria, de un regionalismo verdadero y puro, se abren paso los genios desconocidos y los talentos ignorados que no pueden revelarse por estar alejados del centro donde se forja la nombradía; se da publicidad en ellos á memorias interesantes de historia y costumbres de la región, aportando datos á la historia general, que no se escribirá en España mientras no se complete la de las regiones que la componen y caracterizan.

Se demuestra con ellos la ilustración y cultura de la población que los celebra, comunicándose más relieve y consistencia á esa ilustración y á esa cultura; se contribuye á la literatura nacional con obras, con trabajos, con memorias, poesías, leyendas y crónicas que de otro modo pasarían ignoradas; y, por fin, en sus tres declaraciones esenciales, propias de su lema ó instituto, se presta culto, adoración y tributo á la fe y á la religión sacratísima de nuestros padres y de nuestra España; á la patria que es lumínar de virtudes, fuente de entusiasmo y móvil de todo sentimiento honrado; y al amor, ó sea á la mujer, que es el amor de los amores.

Por esto son de admirar y de aplaudir los esfuerzos de la Real Sociedad Económica de esta provincia de Granada; Sociedad que tiene tan alta y tan limpia historia, y á la que se deben prestar todos los homenajes de admiración y de cariño. Por eso la aplaudo al ver cómo restaura esta tribuna noble de los *Juegos florales* en Granada, y al ver cómo consagra cuidados exquisitos y atenciones especiales á la mujer, para la cual ofrece premios, para la cual abre escuelas, á la cual considera, y eleva, y dignifica.

Hace bien; merece por ello todo pláceme.

Honor y prez á la mujer, que es el alma de la sociedad, que lo fué antes, que lo es hoy, que lo será mañana y siempre. La mujer merece todos nuestros homenajes y todos nuestros respetos.

¿Es sólo la niña candorosa y bella, encanto de cuantos la ven, goce de cuantos la rodean, que hechiza con sus gracias, que distrae con sus juegos, que embelesa con sus risas de inocencia y sus cantares de pájaro? Pues entonces es la alegría y la delicia de la casa.

¿Es ya la hija tierna y sumisa, sostén y cariño de sus padres, á quienes enamora con un beso, á quienes alegra en sus penas, á quienes cuida en sus dolencias, á quienes se dedica por

completo? Entonces es la caridad y la providencia de los suyos.

¿Es ya la crisálida convertida en mariposa, la gallarda y gentil doncella á quien se rinde culto, á quien rodean los galanes en corte de amor, á quien todos prestan pleitesía y acatamiento? Pues entonces es el hada de la casa, la reina de los salones, la esperanza de los amores.

¿Es la esposa buena y casta, que atiende á todos solícita, que vive del cariño del esposo, por él y para él? Entonces es el ángel del hogar.

¿Es la matrona que lleva el *navego* de la casa, como se dice con pintoresca frase en algún punto de esta Andalucía, la que lo gobierna todo, prudente y discreta, que vive pendiente del amor de sus hijos, á quienes atiende, y cuida, y mimas, y por quien se sacrifica? ¡Ah! Entonces es la madre, la santa madre ante la que hay que inclinarse con respeto, y á quien rendirse deben todos los homenajes.

No hay, pues, un solo momento en la vida de la mujer, uno solo, que no sea una nota de amor y sacrificio.

Sí; todo es en élla amor y sacrificio, como en su alma todo es pureza y todo es luz.

En todas las regiones del mundo, en toda edad y en todas partes se le rindió culto. Fué sacerdotisa en Egipto, musa en Grecia, sibila en Roma, hurí en Arabia, soberana en la tierra, diosa en el cielo. Los paganos le dan por cuna la espuma de los mares, es decir la castidad y la pureza, y le levantan templos, proclamándola reina y diosa de los amores. Los árabes le dan por mansión el paraíso, donde vive en alcázares suntuosos y en jardines rebosantes de flores, de aromas y colores. Los cristianos la visten de color de cielo, con manto azul sembrado de estrellas, y la ofrecen á la adoración de los fieles, rodeada de ángeles, de reángeles y serafines, en hornacinas enfloradas, entre nimbos

de oro y púrpura, resplandeciente de gloria, con su purísima castidad de virgen y su amorosa santidad de madre.

¡Homenaje, amor y respeto á la mujer!; á la mujer que vela junto á nuestra cuna y llora junto á nuestra tumba, la que nos acompaña al nacer y nos consuela al morir; que es símbolo de todo sacrificio, emblema en la poesía, inspiración en el arte, fe del que espera, alma del que lucha, misericordia del que sufre, amor del que siente; la mujer que es hechizo del artista en sus tres maravillosas fases de luz, de inspiración y de vida, y regocijo del cristiano en sus tres aspectos sagrados de hija, de esposa y de madre; la mujer, que en patriotismo se llama Juana de Arco, en caridad Santa Isabel, en fe Magdalena, en castidad Lucecía, en amor Julieta, en esperanza Santa Teresa y en santidad María; la mujer, en fin, que es en la casa el ángel del hogar, en los salones el astro que ilumina, en las fiestas y torneos la que otorga premios y mercedes, en los campos de batalla y en los hospitales la Hermana de la Caridad, y que, en la gran epopeya de la Pasión de Cristo, fué la única que permaneció llorando al pie de la Cruz, cuando todos huían, cuando todos le abandonaban, cuando sólo quedaron éllas, las santas mujeres, para acompañar en su agonía al Redentor del mundo.

Y así como se ensalza y sublima á la mujer en estas fiestas de *Juegos florales*, así se levanta y se rinde homenaje á la patria.

¡La patria!

Yo la amo, yo la adoro, yo la respeto, yo la siento.

Soy regionalista, pero entendámonos.

Hay dos clases de regionalismo; el regionalismo de patria y el regionalismo de secta. Del uno al otro hay tanta distancia como la hay de la pureza á la impureza.

Pertenezco yo, por mi parte, al primero, que es el único que concibo, el único en que vivo, el único á que me rindo; y por

esto, siempre que oigo hablar de patria grande y patria chica, allí está mi protesta clara, expresiva, categórica, terminante.

No hay patria grande ni patria chica. Patria solo existe una, y ésta siempre es grande. La patria es como la madre; única, una, sola: no se parte ni se divide.

Lo que hay, es que una cosa es la patria y otra el hogar; una cosa es la nación y otra la familia.

Donde está el hogar, la familia, la casa en que hemos nacido, el templo en que hemos orado, la tierra en que han vivido y en que descansan nuestros padres, esta es la región. Las regiones que juntas forman el gran centro de la nacionalidad, el blasón que las representa, la bandera que sobre ellas flota, la gloria que á todas une, los intereses de todos por todos defendidos, esto es la nación, esto es la patria.

España, nuestra querida ó idolatrada España, es de ello un modelo, como otro no existe igual en el mundo. Compuesta de varias regiones, y aun de antiguas nacionalidades, ninguna jamás rechazó su puesto de honor y de peligro en el combate. Cuando llegan momentos supremos, cuando aparecen las sangrientas luchas de la guerra memorable de la Independencia, Aragón, no es Aragón; Cataluña, no es Cataluña; Castilla, no es Castilla; Andalucía, no es Andalucía; son España, y el españolismo se llama entonces en Aragón, Zaragoza; en Cataluña, el Bruch; en Castilla, el 2 de Mayo; en Andalucía, Bailón; y un catalán, el general Manso, va á mandar las fuerzas de Castilla, y un granadino ilustre, el general Álvarez de Castro, es, al frente de los catalanes, el héroe inmortal de la gran epopeya de Gerona.

Y no sólo se vió en la guerra de la Independencia, no sólo se vió en los momentos críticos de grandes calamidades; durante lo que va de siglo se ha repetido varias veces.

Siempre que el honor de España estuvo comprometido en una

empresa, todas las regiones se han ofrecido, todas se han presentado, todas han acudido solícitas y espontáneamente, sin presión alguna de arriba, prontas al trabajo y al sacrificio.

¿Quién no se acuerda, cuando la guerra de África, de los batallones regionales que allí mandaron, entre otras, Cataluña y las provincias vascas?

Y ahora, ahora mismo, en estos momentos, ¿no acabamos de asistir, no asistimos aun, al espectáculo conmovedor y patriótico que ha ofrecido España?

Nos hemos visto comprometidos á un tiempo en dos guerras crueles y terribles, en Filipinas y en Cuba, y allí han ido á combatir por España y para España voluntarios de todas nuestras regiones, y en todas ellas, ya para empréstitos, ya para suscripciones nacionales, ya para el Ejército, ya para la Marina, en todas se hicieron costosos sacrificios, y la voz del patriotismo se levantó por encima de todos los entusiasmos.

Como en los grandes tiempos de nuestra historia, la tierra se ha estremecido al paso de nuestras huestes guerreras; los mares se han fatigado á fuerza de abrir surcos para llevar á tierras apartadas y á remotos climas nuestros buques y banderas de soldados.

En estos supremos instantes de dolor y de tristezas, todas las regiones de nuestra patria española se unieron en un mismo y solo sentimiento; calló hasta la voz de la pasión política para que mejor pudiera repercutir la del patriotismo por los ámbitos del país; brotó la fe en los corazones todos, y allá, allá fueron el astur valeroso de la Reconquista, el catalán heroico de las venerables y añoradas libertades, el aragonés de las glorias épicas, el vasco de las indomables energías, el isleño de nuestra mar azul, el castellano de las grandes epopeyas medioevales, el gallego de los floridos verjeles y espacios luminosos, el andaluz de estas tierras benditas donde florecieron las artes, las ciencias y la poe-

sía, y donde viven los cantares que llevan en sí toda clase de añoranzas ibéricas y de gallardías árabes..... Sí, allá fueron todos en fraternal compañía á verter y mezclar su sangre en el campo del honor por la que es gloria, y luz, y vida, y amor, y patria de todos, nuestra idolatrada España, que aquí, aquí nació, en esa vega hermosa de Granada y en esa suntuosidad del Alhambra; que esto es lo que tiene de admirable Andalucía y esto lo que dieron sus cuatro ciudades, es decir, sus cuatro monumentos á la España moderna. Granada le dió la unidad, Cádiz la libertad, Sevilla la poesía y Córdoba la ciencia.

¡Oh Granada! ¡Hermosísima Granada! Clara luz y clara fuente de amor, de inspiración y de arte, eres conjunción y lazo, eres el anillo de alianza entre la España árabe y la España cristiana.

Aquí vinieron á gozar de tus encantos y á libar las mieles saborosas de tus aulas, los filósofos africanos, los trovadores de Provenza, los poetas y literatos de Castilla y de Sicilia. No en vano te elegió la poesía para corte, y fueron tus poetas los más altos y preclaros; no en balde encontró en tí su verdadera cuna el romance, y fueron tus romances los más bellos y los de sabor más clásico. La gloria militar y caballeresca tuvo en tí una escuela, en tí los amores un verjel para sus idilios, en tí la gentileza un templo para su deleite y regalo. Fuiste universidad para las ciencias, monumento para las artes, santuario para las letras, palenque para las armas, alcázar para la gloria. Celebraste fiestas, y cañas, y torneos, bajo arcadas aéreas, con todos los alardes y magnificencia de la nación más alta; por los pórticos y columnatas de tus palacios de hadas discurrieron en amigable compañía caballeros y sabios, califas y emperadores, filósofos y poetas, paladines y reinaés, prelados y magnates, príncipes y caudillos, todos los que son el pasado, todos los que fueron el poder

y la gloria; parejas enamoradas, cuyos amores se han perpetuado en leyendas célebres, paseaban por tus jardines suspendidos como los babilónicos, jardines colgantes de las rocas sobre hondonadas sombrías donde en invierno mismo florecen los rosales, abren los claveles y dan azahar los naranjos; fuiste el último poema caballeresco de la Edad antigua en las lindes ya de la Edad moderna, y tus combates, tus luchas y tus jornadas, fueron asombro y admiración del mundo entero.

Ben Aljatib, historiador famoso, te llama en sus obras «metrópoli de ciudades marítimas, capital ilustre de todos los reinos, emporio de mercaderes, madre benigna de marinos, albergue de viajeros de todas las naciones, verjel perpetuo de flores, jardín esplendoroso de frutas, encanto de los nacidos, erario público, ciudad ilustre por sus fortalezas y sus palacios, mar inmenso de trigo y manantial inagotable de azúcar y de seda».

El viajero infatigable Ibn Batuta, que había recorrido todo el mundo entonces conocido, desde el extremo oriental de India y China hasta el Océano Atlántico, dijo que no existía sobre el haz de la tierra nada que igualara á Granada, lo cual dos siglos más tarde repitió Pedro Mártir de Anglería al decir que ni la admirable Venecia, ni la rica Milán, ni Florencia la hermosa, ni la gran Roma, superaban á Granada, que era «de todas las ciudades alumbradas por el sol, la preferible».

Tus valles del Genil fueron ensalzados por los orientales como un paraíso más bello y ameno que los de Damasco y Cachemira, y de tu Sierra Nevada se ha dicho que reproduce los rayos del sol tan puros y brillantes como pudiera un monte de nácar y que en ella los días son mayores por el reflejo del sol que se pone á su vista.

En tu deliciosa vega, en tus huertas, en tus cármenes, en el seno mismo de tus palacios se realizaron maravillas y portentos



por el agua, cuyos secretos de labor nadie ha conocido ni estimado, ni nadie nunca supo utilizar tampoco como los árabes.

¡Oh Granada, Granada! En parte alguna hay ni se halla reunido lo que en tí se encuentra siempre junto; en tu Darro, el oro; en tu Genil, la plata; en tus sierras, nieves eternas; en tus espacios, aires puros; en tu seno, aguas de salud; en tus riberas, las flores; en tus flores, las mieles; en tus valles, las mieses; en tus huertos, las frutas; en tus cerros, los cármenes; en tus selvas, el idilio; en tus recuerdos, la leyenda; en tu vida, la poesía; en tus monumentos, el arte; en tu cielo, la serenidad; en tus estrellas, la celestia; en tus días de sol, los calores africanos; en tus noches de estío, las brisas perfumadas; en las tardes de tu legendaria Alhambra, áureos resplandores sobre horizontes purpúreos con luces que parecen de otro mundo; en tu historia, la de una serie de magnas dinastías; en tus fastos, los de un imperio; en tu recinto, palacios fantásticos, como en el orbe no los hay semejantes sino en copia, y en tu tierra de bendición, donde con solo pisarla se ahuyentan las penas, en tu tierra de bendición, la mujer granadina, que es el ideal de la mujer en los sueños del poeta y en los esbozos del artista.

¡Oh Granada, Granada, Granada! la imperial, la cristiana y la gloriosa, *la cándida y clara*, la ciudad de la leyenda y de los romanticismos, la de los fastos seculares y glorias inmarcesibles, *la única y sola*, la que gozó de cultura intelectual por espacio de ocho siglos...!

Por eso dicen aquellas poesías arábicas traducidas por mi compañero de Academia D. Juan Valera:

«Entre las tierras del mundo
Granada no tiene igual.
¿Qué valen junto á Granada
Egipto, Siria, el Irac?»

Luce cual hermosa novia
Con vestidura nupcial,
Y aquellas otras regiones
Todas su dote serán.»

Tiene Granada para los españoles algo de lo que Roma para la cristiandad, como tiene también, por su epopeya de la conquista, algo de Jerusalén la santa.

Es una ciudad de luz y de amor, es un faro que se levanta, un astro que asoma, un sol que ilumina.

Á últimos del siglo XV se ve al mundo y á la cristiandad pendientes de Granada, atentas todas las naciones y paralizado todo en espera de lo que en ella ocurra. Á cada batalla que se libra á sus puertas, tiembla la tierra, se estremecen los pueblos y los tronos, todo calla en el mundo, todo se mantiene silencioso y quedo, esperando lo que ha de pasar en Granada, y ésta contesta á la espectación universal con la realización de dos sucesos, uno tras otro, que figuran entre los más grandes que registra el mundo en los libros de su historia.

En Granada fué, en esta Granada, que, como Roma, pudo llamarse un día *urbi et orbe*, ciudad y reino, capital y mundo; en Granada fué donde cayó un imperio, se consolidó una nación y se levantó un mundo.

Porque es así, porque en Granada fué donde, con el último califa, cayó para siempre el imperio musulmán de Europa asegurándose así en ella el cristianismo triunfante; y en Granada fué donde, con el gran revelador, apareció la manifestación de un nuevo mundo, que de aquí partió á descubrir el arriscado nauta.

Aquí se hundió un imperio en los abismos, y aquí surgió de los abismos otro imperio mayor y más esplendoroso, el del nuevo mundo, que quizás guarda allá en los arcanos de su seno los destinos futuros del género humano.



Y también aquí es donde se firmó y consolidó la unión de las regiones españolas, constituyéndose la España de nuestros días, porque también es así. La unión pudo darse por realizada con el matrimonio de los Reyes D. Fernando de Aragón y D.^a Isabel de Castilla, en Valladolid, y con la proclamación y pactos de Segovia; pero la unión verdadera, la fusión, la compenetración de la nación española, ésta no alcanzó su solidaridad hasta que las escuadras catalanas se presentaron en las aguas de Málaga, ante los muros de Gibralfaro, y hasta que confundieron sus armas y mezclaron su sangre aragoneses y catalanes con castellanos en esa vega, que se extiende ante Granada, y en esa ciudad de Santa Fe, que recuerda la Santa Fe donde puso su campamento el conde de Barcelona que emprendió la conquista de Lérida.

Granada se eclipsó como estrella radiante del Islám, pero al aparecer en su torre de la Vela la enseña gloriosa de la iglesia primada de España, enarbolada por el Cardenal Mendoza, lució como astro de luz en la cristiandad y llegó á lo que ninguna había llegado ni nunca llegará tal vez ciudad alguna.

Fué por un período la capital de uno de los más extensos imperios que jamás estuvieron sujetos bajo el cetro de un mortal, cuando Carlos V el dominador quiso convertirla en su residencia y hacer de ella su corte y capital de ambos mundos, al colocar el águila germánica de las dos cabezas sobre el lema de *Dios solo es vencedor* de los Nazeritas, á la puerta misma de ese portentoso del arte que se llama el Alhambra, en arrogante reto lanzado á los númenes tutelares de ese palacio que velan invisibles en sus espacios, esperando inútilmente la hora de una restauración y de una reconquista imposibles.

Y ahora, al terminar mi pobre discurso con esta invocación á Granada y á sus glorias, ya solo un deber para cumplir me queda: el de adelantarme hasta el pie del trono en que se sienta la que es hoy nuestra reina del amor, de la gentileza y de la hermosura, para ofrecerle con el homenaje de todos mis cariños y respetos, el memorial en que expongo mis votos más ardientes y sinceros.

*
* *

Señora y majestad de esta fiesta de amor, de fraternidad y poesía, la que ocupais ese alto sitio en representación y nombre de las hermosas damas granadinas, dignaos aceptar, para elevarlos al cielo por el tamiz de vuestros labios y con la mediación de las gentiles doncellas que forman vuestra corte de amor, los votos y deseos de quien acaba de ser por breves instantes vuestro ministro indigno y portador de vuestra voz y vuestro mensaje en la suntuosidad y esplendor de esta fiesta solemne.

¡Que Dios Todopoderoso, alma y luz de la creación, su fuente y su vida, extienda su mano sobre Granada y le otorgue días de paz y de ventura, como merece por su pasado ilustre, por su alta historia, por los lauros que forman su diadema, por los grandes sacrificios que hizo siempre y en todas ocasiones por la patria; como merece, también, en recompensa y desagravio de la soledad y abandono en que á veces se la tuvo, á ella, á ella tan noble y resignada en sus cuitas y tristezas, á ella que debió ser siempre contada entre las primeras, porque nunca, jamás, pudo ser de ninguna manera la segunda!

¡Paz Señor, paz y ventura para la pobre Granada, madre de tanta gloria y viuda de tanta majestad: y paz, paz y ventura también para esta nuestra infortunada España, hoy tan desolada y triste, sobre la cual acumula el infortunio toda clase de rigores; esta España tan digna de mejor suerte, la que dió á la cristianidad un mundo que nutrió de la sangre de su seno, y de donde, del último pedazo que en él le queda, se trata hoy de arrojarla, como si fuera ley de la humanidad que toda redención hubiese de tener su calvario.

Sí, paz, Señor, paz, y amor, y reposo, y prosperidad, y ventura para la España heroica y caballescica, la España literaria y artística, cristiana y redentora, la de empresas singulares y grandes romanticismos, la España que con Fernando de Aragón y con Isabel de Castilla, derribó el imperio musulmico de ocho siglos, que con Cristóbal Colón descubrió un mundo, que con Hernán Cortés inventó una nueva España, que con Magallanes hizo surgir las Filipinas de entre las olas, que con Eleano dió la vuelta al orbe, que con Gonzalo de Córdoba conquistó la Italia, que con Carlos V alcanzó el reino de la tierra y el imperio de los mares, que tuvo un arte árabe con Córdoba y Granada y un arte cristiano con Toledo y con Burgos, que tiene en solo los cantares andaluces un gran poema, en las letras un príncipe de los ingenios como Cervantes, en el teatro prodigios como Lope de Vega y Calderón de la Barca, y en su iglesia, y en el cielo, apóstoles, taumaturgos y santos, como Santa Teresa la de Ávila, aquella que vivió sin vivir en ella, como San Vicente el de Valencia, aquél que con su voto eregía un trono y con su fastigante palabra levantaba al pueblo, y como San Juan de Dios, que bien puede llamarse el de Granada, propagador insigne de la fe y apóstol venerable de la caridad cristiana.

¡Dios te salve, oh santa España, madre nuestra, vida y dulzu-



ra, y esperanza de tus hijos, que á tí claman, y á tí acuden en tus penas como en tus alegrías, y que al pie se agrupan de tu pendón sagrado, viviendo de tí y por tí en la poesía de tus recuerdos, en la inmortalidad de tus glorias, en la esperanza indubitable de tus destinos futuros!

¡Paz y ventura á Granada!

¡Honor y gloria á España!

HE DICHO.

